

EN TORNO AL LIBRO DE FELIPE TORO FRANCO, *ATLAS. UN MAPA  
LITERARIO DEL DEPORTE (1888-1940)*

Stefanie Massmann  
Universidad Andrés Bello  
smassmann@unab.cl

*Atlas. Un mapa literario del deporte (1888-1940)* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2023) es un fascinante ensayo que construye la relación entre deporte, modernidad y producción literaria haciendo gala de curiosidad, sutileza y capacidad especulativa. El ensayo hace un recorrido por algunas figuras de la literatura hispanoamericana, comenzando con Rubén Darío, quien aparece leído desde textos “menores”, en ocasiones poco conocidos: pequeños artículos periodísticos, crónicas, ensayos. El segundo capítulo analiza la curiosa *nouvelle Artemis* –del argentino Enrique Larreta–, ambientada en la antigua Grecia, en la que el atleta olímpico Dryas logra salir vencedor al ser capaz de resistirse a la seducción de una mujer. Toro lee aquí el modo en que, desde Latinoamérica, un autor modernista se apropia de la tradición desde un relato en donde las distancias de la geografía se trasladan a la de los cuerpos. Horacio Quiroga es leído desde sus cuentos, pero también ensayos, crónicas y textos escritos para la prensa, mientras que en el último capítulo se rescata el único poema de Gabriela Mistral con tema deportivo, “Campeón finlandés”. La forma de abordar la relación entre literatura es variada: por supuesto, el libro construye un novedoso corpus de textos sobre el deporte, pero este funciona también como una alegoría de las hazañas del arte o de la escritura; y, finalmente, se trenza de formas directas o anecdóticas con la vida de los autores.

Quisiera destacar tres características de este ensayo: primero, la manera en que hace dialogar la literatura no solo con discursos no literarios, sino con otros artefactos culturales, con la experiencia y con el mundo material. Felipe Toro une cosas que nadie más uniría, y arranca, de este modo, a los canónicos Rubén Darío, Horacio Quiroga o Gabriela Mistral de los lugares desde donde usualmente los leemos, es decir, desde una genealogía literaria. Este ensayo muestra una forma refrescante de mirar a estas consabidas figuras de la literatura hispanoamericana. Para ello despliega habilidades casi detectivescas, pues en *Atlas* aparecen, entre otros, el argumento de una película que ahora está perdida y que se reconstruye a partir de un aviso publicitario, crónicas que habían sido pasadas por alto, cartas privadas, registros fotográficos o recortes de prensa que constituyen un material rico y variado.

Con *Atlas* entramos a Rubén Darío a través de su crónica “Cerebro y carne” (un título ya de por sí provocador en su reemplazo de los términos “cuerpo y mente”). Allí celebra la gimnasia y el ejercicio físico, que Toro vincula hábilmente con su trabajo periodístico, con su concepción de la escritura y con su afán por estar en consonancia con la vida moderna de alcances globales. El deporte es, en efecto, una imagen que permite comprender algunas de las características de la escritura modernista: la búsqueda de la perfección, el elevado nivel de tecnicismo, el desafío de llevar al cuerpo –o la lengua– hasta el límite de sus capacidades. Al igual que el deporte, la escritura modernista se contornea cual acróbata circense para sorprender a sus lectores, y lo hace con no poco sentido del espectáculo y de la puesta en escena. El deporte y su lenguaje nos incorpora, a punta de extranjerismos, a una cultura global en la que Darío busca insertarse desde lo hispanoamericano: “ha visto –dice Toro a propósito del uso que hace Darío de términos deportivos en inglés o alemán– en el deporte una estructura de mediación entre el español y otras lenguas” (32). La insistencia de Darío en utilizar la palabra *sport* en vez de deporte, que nos puede parecer hoy siútica cuando menos, está mirada desde la conciencia de Darío con respecto al lenguaje y su involucramiento en las polémicas del momento, en la que él se decanta por lo “moderno”. La palabra deporte, dice, es de los puristas. Efectivamente, el término deporte solo fue reincorporado a la lengua española y con su actual significado (antes quería decir, pasatiempo, diversión) a finales de los años 20 del siglo XX, mientras que el siglo XIX prefirió *sport*<sup>1</sup>. A principios del siglo pasado se debatió en España con entusiasmo respecto a la conveniencia de uno u otro término, y Darío busca participar, sin duda, de tales discusiones.

Esto nos lleva al segundo atributo que quiero destacar de este trabajo, la de proporcionar lecturas novedosas. Felipe Toro es un lector fino y atrevido, como cuando hace un cruce entre el famoso “Decálogo del perfecto cuentista” de Horacio Quiroga y los tempranos apuntes sobre ciclismo del mismo autor. La afición juvenil de Quiroga por el ciclismo no queda en una curiosidad biográfica, sino que adquiere otras dimensiones. Cito primero el delicioso fragmento ciclístico, publicado en la *Revista del Salto* en 1899:

Si extraña ese prodigio [de la velocidad] en las enormes maquinarias de movilidad, llenas de calderas, émbolos, bielas, bombas, transmisiones, –heroica musculatura pulida y engrasada–, no sorprende, sin embargo.

La nota de asombro corresponde a un pequeño y curioso aparatito de mecánica, sencillo hasta el esquema, prodigioso hasta la exageración, cuyo largo no pasa de 1

---

<sup>1</sup> J. Olivera-Betrán y X. Torredadella-Flix. “Del *sport* al deporte. Una discusión etimológica, semántica y conceptual en la lengua castellana”. *Revista Internacional de Medicina y Ciencias de la Actividad Física y el Deporte* 15.57 (2015): 61-91.

m y 40 cms., cuyo ancho no es mayor de 0.40 cms. Y por medio del cual se obtienen velocidades que solo son superadas por las mejores locomotoras: la bicicleta.

Reducir en un organismo de esas dimensiones los grandes impulsos de la biela, de la hélice, de la pala; encerrar entre dos ruedas dentadas y una cadena el misterio de los grandes movimientos; hacer saltar bajo un golpe de cuádriceps, que quedan en un segundo a veinte metros detrás, es a nuestro modo de ver, la más vigorosa conquista de nuestro siglo.

...

La bicicleta es la máquina de la actualidad y el porvenir. Vendrán las grandes perfecciones en los modernos medios de locomoción [...] todo lo que se quiera y es digno de nuestro adelanto y entusiasmo; pero condensar en casi un juguete los medios de gran movimiento, de gran sport, de gran diversión, y de gran ejercicio es el postrer esfuerzo de este siglo, tal vez impotente para producir otro semejante (61-2, énfasis míos, en Toro 128-29).

Quien lea o escuche a Quiroga hablar sobre la bicicleta con este entusiasmo, casi en éxtasis, como si la viera por vez primera, no la va a mirar nunca más como lo hacía antes. En estas anotaciones de 1899, nos dice Toro, hay una prefiguración de su decálogo para el cuentista, de 1927.

Si para el Quiroga del “Decálogo, “El cuento es una novela depurada de ripios” (87),” el Quiroga ciclista “aparece sobre todo deslumbrado por las dimensiones minúsculas de este “aparato de mecánica”: la bicicleta sería la condensación de los prodigios de la técnica moderna a un solo “organismo”. Es el “misterio de los grandes movimientos” (y aquí escuchamos la grandilocuencia sublime del poeta romántico dándole la bienvenida a una poética mecanicista); misterio conquistado, domesticado incluso, llevado a su mínima expresión. Pero nótese que, a pesar del espíritu celebratorio, “reducir”, “encerrar”, “ruedas dentadas” y “cadenas” se nos asocian también a tortura y Prometeo (robador del fuego sagrado de la electricidad), a poderes desatados “de progreso y destrucción” por la conquista del genio, que deben ser conjurados en la sencillez de la forma. La bicicleta, si recurrimos al lenguaje del “Decálogo”, sería una locomotora depurada de ripios (de excesos o latencias que resultan dignos de ser encadenados): un aparatito que es descrito como puro poder de síntesis. Cuento y bicicleta serían, por igual, operaciones de un miniaturista atrapado en una encrucijada de kilowatts (ambos medios regidos por la misma retórica de la condensación) (130).

Ya lo decía, un lector brillante.

Finalmente, quisiera apuntar que *Atlas* vuelve de forma novedosa a temas tradicionales de la crítica literaria latinoamericana, como la vieja pregunta por la identidad. El texto se pregunta cómo los autores se insertan en el cosmopolitismo desde lo latinoamericano, ya sea a través de la libertad con la que Darío tuerce el lenguaje, abriendo al español a otras lenguas, o como Enrique Larreta, quien en su novela breve ambientada en la Grecia antigua y de tema Olímpico-, disputa “desde Latinoamérica, el patrimonio de Olimpia a los Juegos de Coubertin [el creador de los Juegos Olímpicos modernos]”.

Termino esta presentación con Mistral. Uno podría preguntarse qué hace Mistral en un mundo predominantemente masculino, el de los comienzos de la mayoría de los deportes y de los Juegos Olímpicos. Larreta nos recuerda que, en la antigua Grecia, las mujeres tenían prohibida no solo la participación, sino incluso la observación de los juegos, pues les estaba vetada la entrada al recinto “bajo la pena de ser precipitadas de lo alto de una roca” (Toro 94). Su inclusión en este libro es, entonces, una transgresión que ofrece una mirada algo más escéptica frente al entusiasmo deportista de nuestros escritores modernistas. La lectura que se hace del poema de Mistral “Campeón finlandés” nos muestra a una Mistral vinculada con la contingencia –escribe este poema en respuesta a la invasión de la Unión Soviética a Finlandia en 1940–, una Mistral vinculada a los medios y consciente del poder de la propaganda. Una, en fin, que sabotea, a través de la cita bíblica, el “culto moderno del deporte” (178). Los deportes modernos y los espectáculos a escala global como las Olimpiadas proporcionan instancias y estándares en las que los países del mundo pueden medirse en una suerte de arena común. Nada más moderno, tanto en su afán por medir el rendimiento de los cuerpos de forma objetiva como en su ambición cosmopolita.